

la impele al pecado: ¡cálculo hipotético, fatal, en que todo parece dejarse al curso natural de las cosas, como si la gracia no tuviera medida, ni la naturaleza pudiera gastarse, como si la justicia fuera rival y no hermana de la misericordia, como si todo fuese para el pecado y nada para la gracia, todo para el hombre y nada para Dios, y como si fuera posible que, al cabo de mil y mil vicisitudes, los elementos de la virtud estuvieran en igual prepotencia que cuando empezaban á desarrollarse con tanta magestad mediante la aparición de aquellos desengaños, de aquellas castas delicias, de aquellos tesoros de consejo, de sabiduría, de entendimiento, de fortaleza y de piedad, en el día venturoso de su primera conversión!

No, católicos, no os engaños: el mayor de todos los males, la mas terrible de todas las situaciones, el mas infeliz de todos los estados, la condicion mas desastrosa, la crisis mas tremenda, el pecado de los pecados, que no puede borrarse sino solo por el milagro de los milagros, pues parece resistir á todos los remedios, no es la soberbia: por ella se perdió el Paraíso, pero Jesucristo destruyó sus efectos, humillándose hasta tomar nuestra naturaleza: no es la avaricia; Matéo el publicano dejó el telonio, bastándole solo no volver á él para ser un apóstol, y el rico Zaqueó vió entrar la salud á su casa desde que ofreció restituir al cuádruplo lo que injustamente habia ganado, y aliviar con la limosna la condicion de la humanidad afligida: no es la impureza; David se arrepintió bañando con sus lágrimas de penitencia los nombres de Uriás y Betzabé, que le recordaban su pecado: no es la ira; Pedro se sometió á todas las pruebas que podian ponerse á la mansedumbre, despues de haber sacado el acero para castigar la insolencia del fariseo, é Iñacio de Loyola sufría las burlas de los niños, despues de haber escarmentado en rudos encuentros á los enemigos de su patria y de su rei: no es, por último, ninguno de esos monstruos que figuran al frente de todas las producciones de la iniquidad; sino la inconstancia en los caminos de la salvacion, á la cual siguen como compañeras, la indiferencia, la tibieza, la vana confianza, la insensibilidad á las inspiraciones de Dios. Este es el peor de los estados, porque el hombre colocado en él, semejante á una máquina gastada, ya no tiene en sí ningun principio de accion, ya no se mueve sino durante el rato imperceptible que el artífice maneja su economía; es decir, para hablar sin figuras: no se mueve, sino de una manera casi mecánica, siempre débil y nunca permanente, al recibir un golpe inesperado, al ver abrirse un sepulcro, al pasar de aquellas vislumbres que suelen herir de vez en cuando hasta los mismos ojos del impío. Estas almas desgraciadas, despues de haber perdido sus tesoros, pierden sus sen-

timientos: la conversión para ellas no tiene estímulos, ni la piedad encantos, y la misma virtud no les presenta ya ni aun ilusiones.

¿Puede imaginarse un estado mas deplorable? Pues bien, hermanos míos: no lleguéis á él jamas; y si os vais acercando, alarmáos, por Dios; retroceded; asíos con toda fuerza de la última tabla para no perecer, abandonados de todas vuestras fuerzas, en esa especie de borrasca que tiene escollos para la naturaleza y los tiene tambien para la gracia. ¿Cómo conseguirlo? Apurando todos los medios para salvaros de la impenitencia por el ejercicio de la perseverancia.

## SEGUNDA PARTE.

Si las reflexiones que acabo de hacer os han llamado con fuerza, hermanos míos, vuestro espíritu y vuestra razon hácia la urgentísima, estrecha é imprescindible necesidad de la perseverancia constante en la práctica del bien durante el breve curso de la vida humana, si poseéis en efecto las altas convicciones morales que la perseverancia supone, congratúlome con vosotros de parte de Dios; pues os veo con solo esto introducidos ya en el fondo de los medios que deben ponerse en práctica para perseverar. Porque, decidme: ¿qué disposición mas feliz que la de una voluntad firme y decidida? Cuando la voluntad se ha resuelto del todo, el entendimiento, ilustrado y regido por la verdad, ha triunfado ya sobre el carácter, ha reportado una brillante victoria sobre las pasiones y sus obstáculos, ha engendrado esa especie de convicción íntima que ensancha las fuerzas, difunde la luz, afirma la esperanza y alumbra el nacimiento de las altas virtudes. ¿Queréis, en efecto, hermanos míos, perseverar? Yo os daré el medio, hélo aquí; querdedlo, querdedlo bien, querdedlo con solicitud, querdedlo con vehemencia, querdedlo con todo el movimiento de los instintos, con toda la partura de las inclinaciones, con toda la eficacia de los deseos mas bien formados; querdedlo con una preferencia sobre todas las cosas, querdedlo con decision, querdedlo sin la idea de transigir, querdedlo sin el influjo de los respetos humanos, querdedlo sin esos medios términos donde mas frecuentemente naufraga la virtud; querdedlo contra el influjo pernicioso del ejemplo, contra las delicadas tentaciones del placer y de la vanidad, contra los movimientos siempre indómitos del orgullo, contra los acentos rendidos ó los arrebatos impetuosos de la carne y de la sangre, con-

tra todo lo que no es Dios, y lucha para apartarnos del bien. ¿Queréis perseverar? Queredlo de veras, y todo está hecho.

¡Pero qué! ¿tal es el poder de la voluntad humana, que un solo *fiat* articulado con el acento de la firmeza y de una resolucion incontestable baste para obrar el gran prodigio de la santidad sobre el venturoso aniquilamiento del hombre viejo? Sí, católicos; sí otra vez; sí, os lo repetiré constantemente: tal es el poder de la voluntad humana, si bien un poder que le viene por comunicacion y no por naturaleza, un poder que Dios engendra cuando ella se decide, un poder de los que mejor caracterizan la presencia de la gracia, cuyos efectos, como bien sabido lo tenéis, consisten precisamente en el poder y querer hacer obras ante Dios satisfactorias y meritorias. Sí, ¡Dios mio! sin Vos nada puedo y nada quiero en la línea del bien; pero con Vos todo lo quiero, todo lo puedo: porque habiéndome criado para Vos, habéis divinizado en cierto modo mis facultades todas cuando se dirigen á Vos como á su centro!

A este medio, el mas capital, el primero en el orden de cuantos nos acercan á Dios por el ejercicio de la perseverancia, se refieren, hermanos míos, todos los otros, como á un principio todas sus verdades subalternas y todas sus consecuencias legítimas. ¿Por qué? porque una voluntad así resuelta coloca el poder moral sobre una altura inmensa, y á la par domina sobre lo pasado, lo presente y el porvenir. Vive el hombre en lo pasado con sus recuerdos, habita en lo presente con sus sentimientos y sus obras, recorre el porvenir con sus previsiones, sus deseos y sus esperanzas. ¿De qué se trata? de asegurar la felicidad eterna. ¿Cómo asegurarla? purificando lo pasado por medio de una contrición verdadera, santificando lo presente por medio de una mudanza absoluta, asegurando el porvenir por medio de una consecuencia inalterable en el bien obrar. Deteneos un poco: considerad bien una voluntad resuelta. ¿Se ha resuelto en contrario sentido? ella pues nace del arrepentimiento: Este arrepentimiento es verdadero? la voluntad retira por lo mismo cuanto puede ser ocasion próxima ó remota de producir este sentimiento. Y entónces, ¿qué prevee? derrotas ó triunfos; ¿qué desea? no ser jamas vencida: ¿qué aguarda? conquistar por este medio la eterna ventura de los escogidos.

Estas reflexiones sencillas, á la par que verdaderas y sólidas, podrian ¡oh católicos! derramar sobre vosotros alguna luz para estudiar con provecho dos fenómenos mui notables en la vida cristiana. Cuantos han sido pecadores, resuscitan á la vida de la gracia por medio de la penitencia, y esto tienen de comun todos los que se acercan á la piscina santa para volver á Jesucristo; pero entre estos

hai unos que realmente se trasforman, y siguen el inalterable curso de una vida penitente y fervorosa, y otros hai que andan por una carrera de confesiones y reincidencias, de resurrecciones y de muertes. San Pablo desde que dejó de ser perseguidor, no vacó un solo instante del apostolado, Matéo no volvió jamas á la negociacion, ni Magdalena convertida quiso apartarse de los piés de Jesucristo. Otros al contrario se convierten para pervertirse á poco, y cual si fueran árbitros de la gracia, se pervierten para convertirse otra vez: lloran, es verdad, mas para reir en seguida; deploran el destierro, pero no discurre mucho tiempo sin que abandonen de nuevo su patria. Antioco llora, Saul llora; pero Antioco y Saul persisten en sus pecados: sus lágrimas son estériles y reprobadas, porque no crían una virtud, no son el signo de una conversion verdadera, no desarman el brazo de la justicia eterna, levantado para herir al alma impenitente.

¿Qué es pues necesario, para perseverar? que no se interrumpa jamas el concierto de la naturaleza con la gracia en la marcha de la conducta. ¿Cómo asegurar este concierto? Ya lo habéis oido, hermanos míos: con una voluntad firme, resuelta y decidida. ¿Queréis una nueva prueba de esta verdad? Dirigid una mirada sobre lo pasado; recordad la deplorable historia de vuestros extravíos, aquella desigual y penosa lucha entre el espíritu siempre pronto, y la carne siempre enferma, en que la inercia triunfaba de la actividad, la carne del espíritu, las pasiones de la razon, los sentidos de la inteligencia, aquella lucha tan tenaz como humillante para la mas noble parte de vuestro sér: observad como no habria sido tal el resultado de la contienda, si hubieseis sostenido el combate de otra suerte; pero habiendo abandonado vuestra voluntad al simple recurso de sus buenos instintos, quedó siempre envuelta en las borascosas oleadas de los sentimientos y de las pasiones, y su debilidad y vacilacion interrumpieron la concordia entre la naturaleza y la gracia.

Tiene el hombre en su interior un tribunal que falla constantemente en favor de la virtud todas las cuestiones de la conducta; pero siente al mismo tiempo vehementes y constantes impulsos que, sacándole de sí mismo, le arrastran á la depravacion por entre las sendas floridas del placer. "Yo tengo en mis miembros, decia el apóstol San Pablo, una lei que repugna y contradice á la lei del espíritu." Este me llama siempre á la virtud y á la santidad, me impele á la abnegacion y al sacrificio, me adhiere á la fiel observancia de la lei sacrosanta del Señor, mientras aquella me arrastra tiránicamente de continuo por las vias de la iniquidad á los abismos de la muerte. Me deleito, me recreo en la lei del Señor segun

el espíritu, según el hombre interior; pero ¡ay! veo al mismo tiempo otra lei en mis miembros que, contradiciendo á la voz de mi voluntad bien ilustrada, me reduce á la infamante y penosa tiranía del pecado que habita en mis miembros! ¡Infeliz de mí! ¿quién me librará del cuerpo de esta muerte?" ¿quién me desatará las cadenas que pesan sobre mi corazon?

Católicos, hé aquí el grande obstáculo, el inconveniente único que tiene la perseverancia, estos dos rivales que abrigamos en nosotros mismos, esta no interrumpida contienda, donde se hallan contenidos todos los riesgos inminentes que corre la virtud y todos los derechos sacrosantos que forman el merecimiento y nacen de la victoria. ¿Quién de todos los que me escuchan, quién de todos los que viven, ha dejado de experimentar el poder tiránico de esta lei de la carne, al tiempo mismo que se siente arrebatado por las mas dulces aspiraciones al impulso del amor divino? ¿Quién no conoce estas crisis de la inocencia, estos escollos de la virtud, esa copa dorada donde el enemigo nos suministra la muerte? ¡Infelices pues de nosotros! dirémos aquí con el atribulado Apóstol: ¿quién nos librará de este cuerpo de muerte? ¿Quién católicos? "la gracia de Dios, por Jesucristo Señor nuestro," se responde el mismo San Pablo.<sup>1</sup> Con la gracia de Dios lo podemos todo, y el que sinceramente quiera estarle adicto, conocerá por experiencia propia esta especie de omnipotencia de que la gracia nos reviste, y podrá decir á su turno, como este maestro incomparable: "Debo á la gracia lo que soi, á esa gracia que todo lo realiza para el bien y que mora en mí constantemente."<sup>2</sup> En efecto, hermanos míos: ¿qué basta para perseverar? poder y querer hacer obras ante Dios satisfactorias y meritorias. ¿Quién produce estos bienes inapreciables! ya lo sabéis desde vuestra infancia cristiana: la gracia los produce. ¿Dónde está pues el secreto de la perseverancia? en la permanencia de la gracia. ¿Cómo conseguirlo? Recordad lo que dijo Jesucristo á sus apóstoles: "Velad y orad para que no caigáis en la tentacion." La oracion y la vigilancia cristiana: hé aquí todo. No somos nosotros los autores de la gracia, ni Dios la concede por un deber de justicia, sino por un movimiento espontáneo de su bondad. Es pues necesario mover esa bondad en favor nuestro, y esto se hace por medio de la oracion. La gracia tiene una institucion en la tierra especialmente consagrada á su distribucion; esta institucion es la Iglesia: tiene tambien órganos y conductos fijos por donde se comunica y distribuye, y estos son los sacramentos, donde la oracion tiene su cumplimiento y

<sup>1</sup> Rom. cap. VII, vv. 23, 24 y 25.— <sup>2</sup> I Cor. cap. XV, v. 10.

la gracia su feliz aplicacion á nosotros. Mas ya recibida, ya poseída, corre un riesgo, católicos y un riesgo inminente, el de ir en disminucion hasta llegar á extinguirse. No basta pues alcanzarla y recibirla; es además necesario radicarla en el corazon, como una planta fecunda que se desarrolla y fructifica mediante un esmerado cultivo. Hé aquí porqué nuestro manual catecismo establece, como tres requisitos indispensables para alcanzar y hacer crecer la gracia, la oracion, los sacramentos y el ejercicio de las virtudes. La primera es el movimiento del alma hácia Dios, los segundos representan su liberalidad infinita, y el tercero la no interrumpida concordia entre una naturaleza siempre activa y despierta, y la gracia siempre pronta y fecunda. ¿Qué es lo primero? oracion dirigida. ¿Qué es lo segundo? oracion escuchada. ¿Qué es lo tercero? vigilancia continua. Hé aquí porqué Jesucristo Señor Nuestro redujo á la oracion y á la vigilancia cristiana los medios eficaces de la perseverancia final: *vigilate et orate, ut non intretis in tentationem*<sup>1</sup> y del modo mas terminante cifró en ésta el cálculo moral é infalible de la predestinacion: *Qui perseveraverit usque in finem, hic salvus erit.*<sup>2</sup> Puede asegurarse, pues, que la recaída en el pecado es un efecto del sueño del espíritu y del silencio del corazon. El que medita con la inteligencia y con la voluntad las verdades eternas no puede ser nunca la presa de la indiferencia; pues aunque habitante del tiempo, vive con su alma en la eternidad, y por lo mismo mantiene siempre la lámpara encendida en la presencia de Dios. "Traed sin cesar á la memoria vuestras postrimerías, dice el Espíritu Santo, y no pecaréis nunca."<sup>3</sup> Velad y orad, dice Jesucristo, y no caeréis en la tentacion. "Ruega al Señor, y el te escuchará, decia Job."<sup>4</sup> "Invócame, dijo el Señor á David, y yo te libraré de los peligros."<sup>5</sup> Pedid lo que queráis, dice el mismo Jesucristo por San Juan,<sup>6</sup> y se os dará todo."

No acabaria yo nunca, si pretendiese atesorar aquí todas las autoridades que vienen á compobrar la eficacia de la oracion para la perseverancia. Las mas bellas inspiraciones del Profeta-Rei son otros tantos cánticos gratulatorios de oraciones atendidas, de votos felizmente coronados. La fuerza, el poder, la resignacion, la constancia y todos los privilegios, dotes y virtudes que admiramos en el libro de los *Hechos apostólicos*, son otros tantos efectos de la oracion: él es una historia en que la suma de lo concedido es igual y aun superior á la de los votos dirigidos al cielo. Viniendo á la historia

<sup>1</sup> Matth. cap. XXVI, v. 41.— <sup>2</sup> Matth. cap. X, v. 22.— <sup>3</sup> Eccli. cap. VII, v. 40  
<sup>4</sup> XXII, 27.— <sup>5</sup> Ps. XLIX, v. 27.— <sup>6</sup> Joann., cap. XV, v. 7.

de la Iglesia, podríamos decir que ese vasto conjunto de virtudes y de grandezas, ese pasmo de sabiduría que resplandece en los doctores, de fortaleza que los confesores hacen admirar, de limpieza y castidad que ha rodeado de respetos á las vírgenes, de resignacion, de paciencia y de constancia que sostuvo á los mártires en medio de los mas crueles tormentos, &c. &c., son las consecuencias precisas de una oracion bien dirigida; y por tanto, la eficacia de la oracion brilla lo mismo en la doctrina que nos anuncia la disposicion del Señor para escucharla, y en la historia que nos muestra los efectos constantes que ha producido ella en todos los siglos.

Mas ¿por qué causa, hermanos míos, viene á herirnos á cada paso á los ministros del Señor ese no interrumpido clamoréo de los que oran en vano? porque se falta de ordinario á las condiciones de la oracion. ¿Cuáles son éstas? pedir lo que se debe, y pedirlo como se debe. Las cosas puramente temporales, complicadas misteriosamente, digámoslo así, en los vastísimos é inaccesibles planes de la Providencia Divina, que sin tocar la libertad humana, sin herir el bien moral, encadena soberanamente el activo sistema de las causas segundas, se nos otorgarán ó no; mas los bienes del espíritu vendrán siempre, no lo dudéis; porque siempre son necesarios, siempre son inseparables de la virtud, y nunca dejan de conducir á nuestra justificacion. Dirjense á ellos nuestros votos en el órden de nuestros intereses eternos, y estos votos serán plenamente cumplidos; porque escrito está: "Pedid, y recibiréis; buscad, y hallaréis; tocad, y se os abrirá la puerta."

Sin sentirlo, acabo de anunciaros ya los caracteres de la oracion. Es necesario pedir, buscar y tocar: luego es necesario que nuestra oracion sea humilde, confiada y perseverante. Jesucristo nos manda, no solo *pedir*, sino tambien *buscar*; no solo buscar, sino tambien *herir frecuentemente la puerta*. *Pedid*, nos dice, y recibiréis; *buscad*, y hallaréis, *tocad la puerta*, y se os abrirá;<sup>1</sup> y este triple precepto seria una redundancia inútil, si la oracion no hubiera de ser al mismo tiempo humilde, confiada y perseverante. El que pide, hace una profesion explícita y solemne de su necesidad y su miseria: si pide á Dios y lo pide todo, no se considera grande bajo ningun aspecto: su poder es nada, su nada es todo lo que reconoce en sí mismo. *Pedid y recibiréis*: hé aquí la humildad. El que busca, lleva delante de sí la esperanza, y el que espera, confia: si se nos ha mandado pues buscar, y prometido juntamente el hallazgo, es porque nuestra oracion debe ser hecha con un sentimiento de confianza: *buscad*, y

<sup>1</sup> Luc. cap. XI, vv. 9 et 10.

*hallaréis*. Se nos manda al mismo tiempo tocar, con la promesa de que la puerta se nos ha de abrir. ¿Y cuál es la extension de este precepto? ¿cuál es la duracion del tiempo que ha de circunscribir esta accion de nuestra solicitud? Si hemos de tocar para que se nos abra, debemos tocar hasta que se nos abra. La razon es clara: si retrocedemos ántes, esto no puede ser sino porque creemos que no se nos ha de abrir, y entónces faltamos á la confianza; ó porque nos disgustamos de esta accion, y este disgusto, producido por el orgullo, es esencialmente destructor de la humildad. Cada gracia que pedimos, es una puerta que se nos ha de abrir: todas las gracias intermediarias por donde el hombre ha de pasar hasta llegar á su fin, son otras tantas puertas que abre la misericordia divina á la solicitud de sus toques: la gracia última, la que pone al hombre en la rica posesion de la felicidad eterna, es la entrada magnífica de la Ciudad de Dios. Una sola puerta de estas que permanezca cerrada basta para excluirmos de la participacion de la esperanza; y pues que todas ellas se han de abrir al que toque, todas ellas deben ser tocadas: luego el hombre debe tocar á las puertas de la misericordia por todo el espacio de su vida, y no debe suspender la accion de su solicitud, sino hasta pasar los umbrales de ese pórtico augusto que incorpora á los hombres en la sociedad feliz de los angeles y de los santos. Hé aquí la *perseverancia* de la oracion.

La oracion hecha con todos los requisitos indicados corresponde siempre á las nobles aspiraciones del alma, derramando sobre ella toda la gracia de que ha menester para amar la virtud y practicarla; mas esta gracia debe ser correspondida de la naturaleza, para que obre los felices efectos que en ella están vinculados. En el curso ordinario de la vida se presentan obstáculos diferentes para la virtud: todo él está sembrado de peligros, y el hombre casi no puede dar un solo paso con buen éxito, sin huir de una red, sin prevenir una dificultad. De aquí la necesidad de estar siempre sobre sí, de cortar todas sus avenidas á las pasiones, de ponerse á cubierto de una peligrosa sorpresa: porque de otro modo la caída será inevitable. "Velad, hermanos míos, decia el apóstol San Pedro: porque el enemigo de vuestras almas, semejante á un leon rugiente, gira siempre al rededor buscando una víctima que devorar."<sup>1</sup> Al reprender Jesucristo el sueño de los apóstoles á quienes habia encargado velar, excusa en un brevísimo concepto á la fragilidad humana, y en otro señala, como ya lo habéis oido, los medios únicos para que ella no sirva de obstáculo á la virtud. "El espíritu está pronto, mas la car-

<sup>1</sup> I. Pet., cap. V, v. 8.

ne está enferma. Velad y orad, para que no caigáis en la tentación." <sup>1</sup> "Sed simples como la paloma, decía también al mismo propósito, y astutos como la serpiente." <sup>2</sup> Esta sencillez de la paloma es la noble y deliciosa confianza de una alma que todo lo espera tranquila de la gracia; y esta astucia de la serpiente es el carácter distintivo de un espíritu que todo lo tiene calculado, todo previsto, todo dispuesto, para frustrar los ataques reiterados y vehementes de los enemigos que le combaten: tal es la *vigilancia* cristiana. Jesucristo emplea una parábola, para poner á esta virtud en contraste con la inercia del espíritu, que no parece sino el funesto letargo precursor de la muerte. Las vírgenes que estuvieron en vela fueron admitidas al convite del Esposo, mientras las otras, que no tomaron esta sabia precaución, fueron desconocidas allí y precipitadas en las tinieblas. "La venida del día del Señor, dice San Pablo, como la de un ladrón, se ha de verificar al peso de la noche," <sup>3</sup> y esto lo dice para darnos á entender que la gloria es para los que velan, y el infierno para los que duermen. "Estad en vela, nos advierte Jesucristo, porque os sorprenderá el Hijo del hombre á la hora que menos lo penséis." <sup>4</sup>

Mas la vigilancia cristiana dejará de ser lo que debe, y por tanto no producirá sus efectos en la inalterable conservación de la gracia que nos hace perseverar hasta el fin, si carece de los requisitos esenciales que la constituyen perfecta. ¿Cuáles son éstos? Yo los reduciré á cuatro: la *nobleza*, la *previsión*, la *constancia* y la *firmeza*. Dadme estos requisitos en el que vela, y yo os daré la bella imagen de la virtud sobre la tierra, divinamente personificada en los verdaderos discípulos de Jesucristo.

Cuando busco, católicos, en la vigilancia cristiana un carácter de nobleza como requisito de primer orden, para que siendo lo que debe ser, produzca sus bellos efectos, quiero referirme á los motivos que deben principalmente determinar nuestra vigilancia, no menos que á la conducta que ella debe tener. En las almas verdaderamente grandes, cuya fidelidad crece como la bella flor de los desiertos en medio de las espinas, entre las áridas peñas y al embate de todos los vientos, la vigilancia se inspira siempre del amor, y se funda y perfecciona en la caridad. "Ama, decía San Agustín, y haz lo que quieras." ¿Os inspira, católicos, la sincera detestación del pecado por los motivos elevados y augustos que nacen de la contemplación de Dios en su naturaleza perfectísima, en sus atributos so-

<sup>1</sup> Matth., cap. XXVI, v. 41.—<sup>2</sup> Matth., cap. X, v. 16.—<sup>3</sup> I. Thess., cap. V, vv. 2 et 3.—<sup>4</sup> Matth., cap. XXIV, v. 42.

beranos y en sus relaciones todas con la humanidad? Pues yo os aseguro que tenéis mucho adelantado para la posesión inalterable de esta preciosa virtud. ¿Os habéis determinado y resuelto á emprender la gloriosa carrera de los sacrificios sobre un propósito bien formado? ¿este propósito ha hechado profundas raíces en vuestro corazón por el pensamiento de vuestros altos destinos? ¿vuestra decisión por la divina lei nace de un concepto perfectamente formado sobre el mal de la culpa como una causa que corta vuestras relaciones de consecuencia, de sumisión y de esperanza con el Dueño Supremo de la gloria? Alegraos pues, hermanos míos, alegraos en el Señor que da la gloria á su Nombre, colmando la medida de sus gracias en favor de sus escogidos.

Sí, católicos: la nobleza de los motivos en el perseverar engendra una especie de carácter que nace del conocimiento y amor producidos en el alma por la consideración de la hermosura y la bondad infinita de Dios, que ha revelado sus designios para con el hombre y mostrado sus títulos al rendido y amoroso vasallaje de toda la humanidad, con solo presentarse á la luz de la fe como su Criador, su Salvador y su Glorificador. Yo bien sé que la naturaleza siempre frágil, los sentidos siempre seductores, la carne siempre rebelde, quieren arrastrarnos de continuo fuera del único sendero que conduce á la bienaventuranza; pero sé también que, cuando se tiene una idea bastante digna del Sér Supremo, cuando se abrigan sentimientos nobles y delicados, cuando el alma sabe franquearse á la gratitud, cuando se considera bien la prodigiosa elevación á que se encumbra quien consigue avasallar á sus enemigos para no abandonar ni un solo instante los intereses del cielo, es difícil sobre toda ponderación la derrota, como es probable y fácil cuando el hombre no se mueve sino por impulsos ténues, pensamientos pasajeros y fugitivas emociones. Hé aquí por qué considero de la mayor importancia la nobleza de los motivos que nos determinen á estar siempre vigilantes.

El segundo carácter de la vigilancia debe ser la *previsión*; porque difícilmente escapa de las redes de sus enemigos el que no sabe evitarlas con la debida cautela. ¿Quién lo creyera? Mas en el conjunto de las causas que concurren á precipitar de nuevo á los infelices reincidentes, tiene una y no pequeña parte la *imprevisión*. No quiere decir eso, católicos, que el hombre llegue á encontrarse nunca en una completa oscuridad sobre este punto, no: desde que el Divino Fundador del cristianismo dijo, formulando la oración: "no nos dejes caer," fué ya un hecho incuestionable para todos el riesgo de una nueva caída. Mas esa *previsión* vaga y genérica, que

todo lo ve al primer golpe, que todo lo teme, que todo lo cree posible sin fijarse en cosa alguna, es la impotente mirada de los necios, es, si me permitís la frase, el inerte bobear de los tibios y perezosos. La prevision que caracteriza la perseverancia es otra cosa, católicos: es la mirada prudente del alma sobre el peligro, es la relacion bien entendida entre los obstáculos y las fuerzas para vencer, es el cálculo de una virtud sábia obrando incesantemente sobre las dudas del porvenir: la vigilancia del que persevera por principios bien fundados, siempre es personal y determinada: es personal, porque se funda, no en las ideas genéricas del hombre moral, sino en el conocimiento práctico del individuo interior; y es determinada, porque no se pierde en el conjunto de los peligros que puede correr la virtud, sino que se fija en aquellos que mas directa é inmediatamente le amenazan.—¿Qué me sucederá? ¿qué linaje de tentaciones vendrá á sorprender mi virtud?—He aquí las preguntas que se hace quien intenta realmente incorporarse mas y mas con la práctica de la justicia en la sociedad de los santos. ¿Cómo resolver esta cuestion que se agita toda y sola en el campo del porvenir? por los datos que suministran, católicos, los desengaños propios, las experiencias personales, las tendencias del carácter, las pasiones que predominan y el dictámen de la conciencia. Sábese mui bien que el mundo moral no tiene por ninguno de sus aspectos limpio y despejado horizonte: se diria que su espacio es un imaginario vacío, porque en la realidad está por todas partes henchido de peligros. La Iglesia no es militante sino porque no vaca un momento solo de la contienda, y porque de continuo, y bajo todos aspectos, y en todos sentidos, y en todas partes nos combaten y persiguen nuestros enemigos. Más habéis de saber que no todos estos riesgos son iguales para todos, y el arte de las precauciones tiene una aplicacion práctica y segura; porque consiste, no tanto en destruir la existencia cuanto en evitar la accion del enemigo que nos ataca. ¿Dónde está pues, el peligro? donde se hallan las ocasiones. ¿Dónde se hallan éstas? no en todo el mundo moral, sino solo en ciertas partes: allí, donde se alberga y prepara aquella clase de enemigos que, mas íntimamente relacionados con nuestras inclinaciones y carácter, nos embisten con mayor tenacidad, y luchan con mayor esperanza de vencernos.

Ved aquí, católicos, el punto crítico que debe recoger toda nuestra prevision. Quien así prevee, difícilmente sucumbe. Nuestras fuerzas para el combate parecen estar en razon directa de la distancia. ¿Por qué? porque en la distancia están todos los recursos, en la distancia están todas las precauciones, en la distancia están to-

dos los elementos de la victoria. Apelad á vuestra propia experiencia: ¿qué os ha sido mas fácil, cambiar de rumbo para no encontraros con el enemigo que columbráis, ó realizar la fuga cuando ya enfrente de él os encadena con su atraccion peligrosa? ¡Ah! ¡cuán diversa seria la suerte de los hombres, si una sábia prevision marcara siempre los pasos de su conducta! La mayor parte de las caidas son efectos de la sorpresa, como la mayor parte de los vicios, son hijos de una imprudente caida.

Mas no basta, católicos, prever de continuo y prever con exactitud; es necesario obrar en el sentido de esta prevision misma, trasladando al campo de la vida práctica las máximas que atesora nuestra vigilancia interior en la meditacion de los peligros. Si una sorpresa puede hacernos caer por falta de vigilancia; una debilidad podria precipitarnos por falta de consecuencia entre nuestra prevision y nuestra conducta. Esto quiere decir que nuestra vigilancia debe ser *constante*. Si los enemigos nunca dejan de atacar; ¿qué sucederá, decidme, si el hombre se cansa de resistir? Mui bien se concibe una victoria felizmente adquirida, cierto tiempo santamente pasado; pero lo que no se ve de ordinario es la permanencia del hombre en los caminos de la virtud. Jesucristo nos dejó advertido que ha de venir el Hijo del hombre, como un ladrón, al peso de la noche; que ha de sorprender, para cortar el curso de la vida en el momento ménos esperado. Todas estas cosas bastan á la prevision, mas ponen miedo á la constancia. Las diez vírgenes de la parábola todas preveían, y no solo preveían, sino que esperaban de seguro; pero cinco de ellas se permitieron una tregua para rendirse al sueño: ¡tregua fatal! pues sorprendidas sin luz, quedaron excluidas del banquete divino. “En el estadio, dice San Pablo, todos corren,” y por lo mismo, católicos, todos preveen; “pero uno solo reporta el premio” con el triunfo; porque uno solo corrió sin parar, uno solo fué constante: *omnes quidem currunt, sed unus accipit bravium.*

¿Mas cuál es, hermanos míos, la causa mas comun de la inconstancia humana? la debilidad del carácter, la cobardía del corazón. Aunque el hombre esté ciego y corrompido hasta el extremo, nunca deja de sentir los encantos de la virtud, ni de reconocer el mérito y la superioridad de los justos. Esto quiere decir que si reincide, no es ya por falta de luz, sino por falta de fuerza, y esta falta resulta de que no hai hábitos bien formados por la constancia, no hai precauciones bien tomadas por la prevision, ni conceptos bastante sublimes por la nobleza. Almas hai mui desgraciadas que conocen á Dios, pero que no le buscan; que preveen los riesgos, pero no los evitan: que pasan bien algun tiempo, pero se cansan; que desean

la victoria, pero con tanta cobardía, que son á cada paso vencidas. "Sed firme en el camino del Señor," dice el Eclesiástico,<sup>1</sup> dándonos á entender que la vigilancia, cuando no cuenta con la garantía de la firmeza, es impotente contra los embates de la tempestad. Hé aquí, católicos, aquella estabilidad á que se refiere San Pablo en su Epistola primera á los Corintios, aquella inmovilidad esforzada que no cede ni á los mas terribles asaltos, aquella perseverancia inflexible en la disciplina, de que habla con tanto celo á los Hebréos,<sup>2</sup> y hé aquí la condicion indispensable que debe llenar todo cristiano, para no perder esos derechos á la posesion de la felicidad que le otorgan, como dice el Evangelista, los tesoros que haya podido acopiar en la práctica de la virtud.<sup>3</sup>

Católicos, la suma importancia del asunto que os predico me ha obligado á traspasar un tanto los límites regulares de esta clase de discursos. He querido reunir aquí los principios, las reglas y las máximas con esos fuertes motivos que, despertando con viveza los grandes temores y las dulces esperanzas, ponen en juego con los resortes del entendimiento y la voluntad, los elementos de la perfeccion y de la virtud. Nunca me causará una gran pena, hermanos míos, el merecer alguna censura de la crítica literaria, con tal de arrancar de vuestros ojos una lágrima de penitencia, y decidir vuestro corazón á la empresa sublime, á la gran conquista de la perseverancia final: porque ella es el bien mas precioso que puede fijar nuestros deseos, así como la impenitencia nunca dejará de ser el mas funesto y terrible de todos los males que pueden almar el corazón.

Sin duda alguna que el secreto de la predestinacion de cada uno está cubierto con el misterioso velo de la eternidad, pero Dios, que nunca deja sin recompensa el sacrificio, nos ha proporcionado un medio eficacísimo de presentir nuestros futuros destinos. Oifrando en la caridad el derecho de ser eternamente felices, dándonos en su lei el verdadero tipo de la caridad, prometiéndonoslo todo en el orden de la virtud, y siendo cierto que la gracia perfecciona la voluntad santificando sus inclinaciones, gobernando sus actos y facilitando sus triunfos, cada uno puede columbrar desde acá su futura posicion mas allá del sepulcro. La perseverancia constante perfecciona la naturaleza y aumenta la gracia: la perseverancia final seguirá, pues, la razon misma con que hayan caminado la naturaleza y la gracia en la carrera de la vida. ¡Verdad importante, católicos, que habéis observado á la luz de vuestra razon, descubierto en la

<sup>1</sup> Cap. V. v. 12. — <sup>2</sup> Cap. XII, v. 7. — <sup>3</sup> Josnr., Ep. II v. 8.

historia, sentido en vuestra experiencia personal, y visto confirmada tambien con los oráculos infalibles de la fe!

Por una razon contraria, y aplicando las mismas reglas de crítica, mui sensiblemente habéis palpado que la inconstancia en los caminos de la salvacion trae consigo, como otros tantos hechos de consecuencia, la mengua de todas aquellas causas que determinan la virtud, que apartan del vicio, ameritan las acciones, forman y arraigan los buenos hábitos, fijan el carácter y comunican á la voluntad un irresistible poder contra los enemigos de la eterna salud; que la muerte es como la vida, y que la veleidad en la conducta moral, laxando todos los resortes del bien, conduce por fin al hombre á esa impenitencia terrible que aprisiona, esclaviza y pierde para siempre al corazón humano en el lecho de la muerte.

Despues de haberos preparado con la exposicion de estas santas verdades á desear mas y mas, á buscar con una cristiana solicitud y á poner en práctica con una decision heroica los medios de perseverar, procuré ponerlos á vuestro alcance, estableciendo la necesidad suma y las condiciones precisas de la oracion, fijando el carácter y poniendo á vuestra vista las cualidades que debe tener la vigilancia cristiana.

He hablado á vuestra razon con verdades, á vuestra imaginacion con ejemplos, y he procurado suministraros las luces necesarias para que, profundizando las primeras y observando los segundos, comprendáis bien la perseverancia, viéndola personificada en el movimiento noble, previsorio, constante y firme de esas almas privilegiadas que, puestas de continuo entre Dios y sus enemigos, atraen con una mano las gracias del cielo mediante la oracion, y esgrimen con la otra las armas de la virtud, vigilando sin tregua, para no ser las víctimas de la sorpresa y de la debilidad en la no interrumpida lucha que cada uno de los que viven tiene que sostener con vigor en la tierra, si no quiere ser excluido del reino de los cielos.

¡Ea pues, católicos! no dejéis escapar de vuestras manos, cuando truene sobre vosotros la borrasca de la tentacion, el rico presente de gracias, de merecimientos y de gloria que habéis conquistado con vuestras lágrimas en este santo retiro. Despues de tantas meditaciones, de tantos desengaños, de alarmas tan terribles; despues de haber agotado el cáliz de las tribulaciones del espíritu en la contemplacion de vuestra propia miseria, despues de haberos sorprendido colocados en la pendiente de una ruta de abismos, por donde corria precipitadamente al opuesto rumbo, de vuestro último fin; despues de haberos puesto frente á frente del pecado mortal, cuya imagen habia pasado tantas veces desapercibida por vuestros ojos;

despues de haber visitado la tenebrosa mansion de los sepulcros con las antorchas de la justicia y de la fe, para mirar de bulto en la eterna reprobacion de los impenitentes el significado propio del temor de la muerte; despues que latiendo el corazon al impulso del arrepentimiento, como latia de dolor y esperanza el del Hijo pródigo, habéis encumbrado vuestra mente á la colina de la Redencion, para echaros á los piés de la Gran Víctima que conquistó vuestra libertad gloriosa con su Sangre; despues que trasponiendo los espacios y los tiempos, habéis logrado ver en espíritu las perdurables luces que bañan perennemente las colinas augustas de la eterna Sion, y comprendido cómo una alma fiel mira volver á la nada estos mentidos placeres, estos intereses bastardos, estas ilusiones funestas, estas miserias de la humana ventura, estos goces emponzoñados que plantan y fecundan en el corazon el árbol de la muerte: despues de todo esto, vuelvo á decir, y al daros la recíproca enhorabuena por el término feliz de este santo retiro, ¿volveréis, hermanos míos, á caer en las redes de vuestros adversarios, á recibir el tiránico, el infamante yugo de vuestras propias pasiones? Al seguir vuestra peregrinacion por esta tierra extrajera, ¿inmolaréis al goce de un placer engañoso y momentáneo los intereses de vuestra felicidad, los sentimientos de vuestra patria? ¿Volveréis de nuevo á las regiones lejanas del pecado, para sufrir el hambre desoladora, y caer bajo el poder indómito del tirano, y apacentar animales inmundos, y desear en vano su detestable alimento? ¿Sonará por último para vosotros la última hora del tiempo con el anatema de una eterna reprobacion?

¡No lo permita Dios! Antes que tal suceda exhale nuestro corazon el último suspiro, ábranse para tragarnos los sepulcros, despues de haberse cruzado por vuestras almas todas las tribulaciones y todas las penas de la vida!

¡Dios eterno! Dios justo y misericordioso! dejad caer sobre nosotros una de esas miradas omnipotentes que hieren vivamente el corazon, trasforman al hombre y producen la santidad! Vos nos habéis traído aquí: vuestra es la palabra que hemos escuchado en la soledad, vuestras las inspiraciones que hemos venido á encontrar en el retiro, vuestro el portento de gracias que todos hemos recibido en esta vez: vuestro sea tambien ¡oh Señor! el resto de nuestra vida, vuestro el último aliento que anuncie la partida de nuestras almas, y nuestros por los siglos de los siglos vuestro amor infinito y vuestro reino inmortal! AMEN.

## SERMON

SOBRE

## EL SACERDOCIO.

PREDICADO

EN LA IGLESIA DE FRANCISCANOS DE GUANAJUATO EL 22 DE AGOSTO DE 1856,

EN LA SOLEMNE FUNCION

DE PRIMERA MISA DE UN NUEVO PRESBITERO.

*Ego elegi vos, et posui vos, ut cati, et fructum afferatis, et fructus vester maneat.*

Yo os he elegido á vosotros, y destinado para que vayais y hagáis fruto, y vuestro fruto sea duradero.

San Juan cap. XV, v. 16.

Á la vista de ese nuevo sacerdote que viene al templo á ofrecer al Señor en su altar las primicias de su ministerio, mi corazon, hermanos míos, vivamente conmovido con un espectáculo el mas grande que puede ofrecer la tierra, cual es la celebracion del Sacrificio divino, experimenta mil sentimientos diversos que inútilmente se esforzaria por desahogar en toda su plenitud. El ingreso de un nuevo sacerdote á la sagrada tribu; el acto sublime de pronunciar por la primera vez las palabras misteriosas que hacen descender á sus manos al Santo de los Santos; la escena representada en ese altar por todos los ministros que acompañan la ceremonia sagrada; la espléndida pompa con que la piedad se esfuerza en celebrar una solemnidad tan augusta; el santo apresuramiento con que han venido á ella los fieles; su religioso continente y recogimiento profundo: todo esto parece trasladar nuestro espíritu á la época por siempre memorable y gloriosa en que Jesucristo Señor Nuestro, el Sacerdote